

atrás para que no vean aquella estancia tremenda, cruzan por nuestra mente recuerdos de nuestra buena amistad, visiones rapidísimas y lejanas.

Una aldea en la montaña á la cual llegamos juntos al caer el sol,—un alegre encuentro en un camino solitario,—una hermosa tarde pasada juntos, en familia, delante del hogar, cuando aun no faltaba ninguno, y todos nos hallábamos contentos y sanos,—y todo nos parece ahora acabado ya, acabada nuestra serena amistad, acabados nuestros alegres paseos,—no nos verá reír ya nuestro pobre amigo,—es un adiós eterno á nuestro pasado el que le damos en aquel momento, abrazándole, un adiós á nuestra juventud, á nuestros amigos y á nuestras esperanzas; y á este pensamiento álzase en nuestro corazón agudísimo dolor que termina en una nueva explosión de llanto.

¡Si tuviéramos presente siempre esta escena cada vez que estamos para ofender á un amigo!

—¡Ten cuidado!—deberíamos decirnos: puede ser que un día entre los brazos de este, sofoques un sollozo de desesperación... puede que dentro de un mes!... ¿Tal vez mañana!



ENTRE ITALIANOS



ENTRE ITALIANOS



DEBERÍAMOS decir en el fondo de nuestro ser:—¡Tal vez mañana!—cada vez que se agría una discusion entre amigos de provincias diversas, ó está para pronunciarse una acusacion ó un sarcasmo contra una parte de la patria:—mañana tal vez quinientos mil extranjeros penetrarán en Italia, con la injuria en los labios y la muerte en la mano; y seremos llamados á la vez para cubrir con nuestro cuerpo y nuestra sangre el camino de Roma...

No es que existan odios entre nosotros, no. Lo que hay algunas veces es una sombra de antipatía, un secreto sentimiento de despecho, que no es fácil decir de qué nace y que se parece algo al que experimentamos en ocasiones en familia, entre her-

manos; irritados de vivir en la precisión de que-
rernos bien, apesar de nuestros defectos.

Alguno tiene algo en la pronunciacion, en la voz,
en el gesto, en las maneras, puede ser que hasta
en la cara—y ciertamente en el ánimo—algo que
en ciertos casos, manifestándose más vivamente que
de costumbre, especialmente en el debate de opi-
niones, disgusta y excita los nervios, como una
nota desafinada, al amigo que es de otra parte
de Italia.

Este no se qué, está particularmente en la pronun-
ciacion y entonacion de la palabra. ¿Será que en
cada idioma hay una íntima relacion entre ciertos
sonidos, ciertas cadencias y ligados, las cuales nos
desagradan, y ciertos defectos morales de la gente
que lo habla?

Verdaderamente que algunas modulaciones de la
voz del amigo de otra provincia, las cuales son
acompañadas de un movimiento particular de la-
bios y de un eco de risa característica, ó de un
entrecomar especial, nos irritan, como nos irri-
taría la expresion directa de un pensamiento ó de
un sentimiento en el cual discordásemos profunda-
mente.

Pero hay otras cien causas fortuitas de esta frater-
nal antipatía, que duran un día ó una hora y que á

menudo no hacen más que pasar por el corazon,
como un capricho por la cabeza.

Y son la instantánea sospecha de una presuncion
de superioridad que nuestro amigo pueda tener sobre
nosotros, por haber nacido en una provincia más ade-
lantada y más estimada que la nuestra, el despecho
de que él no reconozca, ó dé el valor que nosotros
estimamos, ó ciertas cualidades por las cuales cre-
mos que nuestra parte de Italia sobrepaja á la suya;
y la cólera de ver que no tiene conciencia, ó finge
no tenerla, de tales defectos y culpas de su país que
la delicadeza nos impide echarle en cara; el recuer-
do repentino de ciertas burlas, de ciertos juicios
mordaces ó injuriosos para nuestra provincia, dichos
en otro tiempo por gente de la suya y que sospecha-
mos que él aprueba en secreto; son ecos de antiguas
discusiones, reminiscencias de batallas parlamen-
tarias y polémicas periodísticas, palabras acres y apa-
sionadas que aparecen vivas de improviso en la men-
te despues de veinte años de olvido é indiferencia;
son figuras de odiosos personajes de aquella region
las cuales pasan por delante de nuestros ojos mien-
tras el amigo nos contradice y hacen reflejar una
parte del odio que les profesamos sobre toda la pro-
vincia y sobre el amigo mismo, como si fuera la ex-
presion de la naturaleza de todo aquel pueblo.

Todas estas cosas se revuelven en nuestro cerebro y se confunden; algunas gotas de nuestra antigua sangre de fraticidas se inflaman... y entonces nos miramos por un momento con ojos de enemigos.

*
* *

No hablamos de los rabiosos; son ya pocos y ridículos; gentes que tienen un ódio particular contra tal ó cual provincia, nacidos por lo comun de una causa personal, una verdadera pasión, que lleva clavada en el corazón como un puñal, por la cual han conquistado una fama cómica en el pequeño mundo en que viven, y recogen con gran cuidado todos los juicios, hechos y documentos que redundan en deshonor de aquel país, para mezclar cada cosa con largas diatribas mil veces repetidas con voz penetrante y sarcástica sonrisa, tan poseidos de su ódio que huyen ó reciben malamente á todo italiano de aquella parte como á un enemigo natural, y tiemblan, como condenados, al escuchar su dialecto.

Pero hasta los más afables de ánimo y los más sensatos, padecen algo de esta enfermedad.

Todos tenemos en nuestro corazón un pequeño atizador de pasiones municipales, el cual no con-

sigue encender la llama; pero rara vez deja escapar la ocasion de producir una nubecilla de chispas y humo.

Cada vez que leemos ú oímos decir alguna cosa que revela y prueba un defecto de carácter ó una culpable miseria del pueblo de una provincia, en seguida buscamos con el pensamiento, y con un cierto placer mezcla de resentimiento, al amigo de aquel país, para reprobárselo las pretensiones de su orgullo, al cual nos parece haber concedido demasiado, y como si aquellos defectos y culpas de sus paisanos le impusiesen el deber de ser más modestos con nosotros y nos hiciesen acreedores á no qué satisfacciones de amor propio.

Cuando el amigo de otra provincia nos ofende, casi siempre tratamos de persuadirnos de que la primera razon del hecho reside en un defecto del ánimo ó en una mala pasion comun á todos sus paisanos, para abrir así un vasto campo á nuestro rencor y tener prontos mil viejos argumentos de impersonales recriminaciones, detrás de las cuales, nuestro orgullo puede tomar, á escondidas, una venganza mucho más grande que la ofensa.

Cuando un amigo alaba á sus paisanos, aunque sea templadamente y en cosas á las cuales nada tenemos que oponer, siempre parece, sin embargo, que pasa

de la medida, al instante sospechamos que con aquellas alabanzas intenta sobrepujarnos, tanto, que los más corteses se asombran y se miran con irónica sonrisa:—él en el fondo tiene razon, pero queríamos que nos dejase el cometido de alabar á su país; él no dá el suficiente claro oscuro favorable ó nuestro amor propio.

¡Y con qué arte atentísimo y diabólico á la vez nos herimos mutuamente en lo más vivo del orgullo provincial! Hasta los más sencillos parecen maestros en esto.

Pueden enseñar, por ejemplo, cómo se hace para dar una estocada al amigo, citando con inocente aspecto y como al acaso, á propósito de una discusion académica, hechos históricos que proyectan maléfica luz sobre la provincia;—piden al amigo con fingida inocencia aclaraciones sobre el escándalo político ocurrido en su capital en días anteriores—refieren de manera capciosa, sin sombra de despecho, todos los accidentes de un desgraciado viaje que hicieron por aquel país, en el cual fueron mal recibidos, importunados, envenenados, engañados por pura casualidad—regocijan á la asamblea bosquejando cómicamente una série de bribones, charlatanes y estúpidos encontrados en diez lugares diversos,—pero todos pertenecientes por extrañísima coincidencia á la mis-

ma region:—alaban la famosa belleza de un sitio, con reserva tan fria, que sin dar lugar á la contradiccion ó á la crítica, hace el efecto del desprecio;—remedan la pronunciacion y el modo de hablar italiano con el vocabulario y la cadencia del dialecto, burlándose con gracia, pero mezclando en la caricatura algo que es tonto ú odioso.

La ventaja toda está de parte del que toma la ofensiva: agujoneados de esta manera, no respiramos: no es prudente; pero no obstante ¡qué bien entendemos! No hay alusion que se pierda, todo lo tragamos por amargo que sea; pero si la boca calla, los ojos responden.

—¡Hoy á mí, mañana á tí y te arrancaré tiras de pellejo, bribon!



Pero se ha producido una gran confusion en nuestras pasiones municipales en estos diez años últimos: esto se nota hasta entre amigos.

Las largas estancias hechas por muchos italianos en provincias diversas de la propia, las relaciones estrechadas por el comercio, viajes, matrimonios, cartas y la mezcla de gentes que en Florencia y Roma se ha sucedido, han alcanzado el efecto de suscitar una legion de paladines que defienden calurosamente esta ó aquella parte de Italia, como defenderian la ciudad donde han nacido, los unos por sentimiento de justicia, puesto que han reconocido que son falsos los antiguos juicios, otros por simpatía artística, muchos por gratitud hácia leales amistades y amores felices, por haber pasado allí los más hermosos años de la juventud, durante los cuales se encuentra en todas las partes la patria.

Si en muchos han formado como apéndices de amores regionales, adiciones á antiguos orgullos de

campanillas muy curiosos, en cambio en muchísimos, ya que no en todos, han hecho que el sentimiento nuevo sea tan fuerte y tan celoso como el viejo y en algunos aquel ha vencido y destrozado á este.

No son ya claros y distintos en la compañía de nuestros amigos los colores provinciales: es un número de abigarrados italianos que no sabemos en qué grupo incluir.

Ya no se ven, cuando surgen cuestiones municipales, aquel buen acuerdo instantáneo de los nueve nacidos á la sombra de la misma cúpula para caer encima del décimo, nacido trescientas leguas más lejos.

Ahora esté encuentra aliados que no esperaba, paisanos de los mismos contrarios, que se colocan á su lado y combaten por su causa, con ardor igual al suyo, y á menudo con más vivo encono; napolitanos á quienes no se puede hablar mal del Piamonte; lombardos que defienden á capa y espada á la Sicilia; piamonteses que no quieren oír tildar á Florencia, y son defensores formidables, porque han reconocido los defectos del país propio juzgándole de lejos y comparándole con otro, y juzgan á sus paisanos con una agudeza de crítica y una franqueza brutal de palabras que les obliga á defenderse en vez de atacar.

La más sencilla cuestión se embrolla endemoniadamente desde la primer palabra: no se está seguro de nadie; el agresor, acometido de improviso, por los flancos y retaguardia, cogido en una red ofensiva de simpatías injuriadas, de las cuales ni aun la existencia sospechaba, contradicho hasta del cómplice, despedido de la impudencia con que deja adivinar su pasión;—no hay gusto ya en buscar contiendas sobre este asunto,—de todos los injuriosos argumentos se ha usado y abusado, y no hay ya ni uno contra el cual el adversario no tenga pronto y terrible respuesta, el terreno está demasiado contendido, dislocado y minado; nuestro orgullo se abate aunque logre tener ventaja.

Y después siempre hay alguno en la tertulia, el cual, en un instante dado dirige á los contendientes una amistosa recriminación, la cual hace aparecer como una sombra de vergüenza hasta en los rostros más descarados, de tan viva como está en todos la conciencia de merecerla. Pero hoy ya es bien rara que se manifieste abiertamente la propia pasión.

Los accesos de antipatía provincial van y vienen casi siempre en secreto, y si se expresan, no se hace sino con mil cautelas, no usando más armas que la sátira.

Las pocas veces que se vá más allá, se termina

mal,— nos creemos como envilecidos,— parecemos haber manoseado trapos sucios,—y nos miramos á la cara los unos á los otros, como se haría á la salida de un conciliábulo en el cual hubiésemos renegado de la patria.

*
* * *

Y despues.... Pero si todos, sobre poco más ó ménos, fuésemos de una opinion, ¡qué santa paz!

Alguno que otro, conoce sus defectos como hombre con cierta aproximada imparcialidad; pero se comprende que no ocurre lo mismo con respecto á los defectos provinciales; porque éstos los tienen todos los que le rodean y son los únicos que no le son reprobados.

En todo lo que se refiere al exterior, por ejemplo, es imposible que nos formemos una idea de la impresion que recibe un extraño por ciertas inflexiones de voz y ciertas rarezas de pronunciaci3n de nuestro dialecto ó del modo de hablar la lengua nacional.

Lo mismo hay que decir de algunas imperfecciones naturales de nuestra máquina intelectual, de ciertas hereditarias debilidades de nuestro carácter, de viciosas tendencias de nuestra conversacion, de singulares aspectos de nuestra ciudad, de mil peque-

fías y características cosas de nuestra vida común que siempre habíamos visto, ó sea, que jamás habíamos observado, y que no juzgamos francamente ni aun haciéndolas notar un paisano desapasionado.

Advertimos lo que hay de malvado en alguno de nosotros y no lo que hay de antipático en todos.

Todos somos niños irracionales en esto.

Decimos:—Todo el mundo es pátria, solamente para escusar nuestros vicios.

Pero, es muy cierto, que cualquier parte de Italia en que se haya vivido algun tiempo, obliga á reconocer que entre cincuenta personas de una clase dada, se halla en número próximamente igual de individuos amables, simpáticos y dignos de estimacion al de los semejantes que conocemos entre cincuenta de los nuestros: los nobles de más méritos que enorgullecen á cualquier provincia se encuentran tambien en todas; orgullosos y groseros se hallan pocos en todas partes.

Pero se dice:

—El fondo, sin embargo....

¡Ah! No hablamos del fondo: no conocemos ni siquiera el nuestro.

Nuestras antipatías provinciales no son más que antipatías de corteza, provocadas por las apariencias más que por las cosas, y cambian á los seis

meses de vivir en el país antipático en todo, ménos en los que no tienen entendimiento ni corazon.

Observando los defectos del vecino, se descubren las causas inmediatas—se alcanza hasta las remotas, varias, profundas, extrañas,—se estudia—y cuando se estudia no se desprecia,—y cuando se comprende se perdona.

Pero ya en la mayor parte son sencillísimas antipatías de oído por muy extraña que la cosa parezca; tan verdad es esto, que no hay casi ninguno que murmure de una provincia de la cual hable el dialecto, y que no tenga simpatía por un italiano de una provincia antipática si este italiano habla el dialecto suyo.

Las expresiones más usadas son, en efecto:

—Me atacan los nervios;—y

—No los puedo oír.

Hay más culpa en la música que en la historia.

Alguna vez entra como factor un poco de historia contemporánea: recriminaciones sobre el modo con que estos ó los otros han entrado en familia.

Pero, ¿quién no tiene alguna cosa que criticarse por este motivo?

Todos hemos entrado con alguna anterior idea injusta, con pretensiones infundadas, con ignorancias culpables, con soberbias injuriosas.

Inquirir quién es el que ha tenido más ó ménos,
es una empresa siempre odiosa y extraviada.

¡Dios sabe quién tendría que perder y quién
que ganar!

¡Ah! Mejor haríamos en repetir veinte y cuatro
veces al día:

—¡Tal vez mañana!...

*
* *

Aun haríamos mejor en estudiar nuestro país en
nuestros amigos. Cuarenta años hace, por ejemplo,
no hubiera sido posible.

Comparad el número de amigos que tenía un ita-
liano de entonces con el que tiene uno de ahora: ¡qué
nuevas combinaciones de caractéres, qué nuevos con-
trastes de pasiones, cuántas nuevas que nacen del tra-
to comun, cuántos nuevos aspectos de la humana
naturaleza que estudiar; cuánto se ensancha la con-
versacion enriquecida en pensamientos y palabras,
imágenes, colores y sonidos, cuánto más espacio ve-
mos ahora alrededor de nosotros: hablando entre
amigos, cómo se percibe el ambiente de una gran pa-
tria que vive una sola vida hasta en la pequeña cróni-
ca que hacemos cada día en la tertulia, los peque-
ños sucesos de nuestras grandes ciudades, un día tan
lejanas, hoy tan vecinas que percibe la una el aliento
de la otra!

¡Y qué hermoso es en medio de nuestro círculo

compuesto de italianos de todas las provincias, estudiar día por día las diferencias que existen entre los unos y los otros, en el modo de sentir y juzgar la misma cosa: notar cuando refieren una anécdota, un piamontés, un toscano y un napolitano, cómo el frasear cambia de color, cómo la entonación se eleva, cómo se exalta la mímica, cómo el arte del chiste y del relato se transforma del uno al otro gradualmente: observar los diversos procedimientos en las discusiones, cuando el siciliano y el lombardo sostienen á la vez la misma idea contra dos amigos de la Italia media, los rasgos que aparecen en sus discursos por la diferencia de educación, de los lugares, de los usos entre los cuales han crecido, de los aspectos diversos bajo los cuales han contemplado la revolución italiana, lo que queda en algunos del italiano antiguo, y lo que les sobra del nuevo, el fondo de ideas comunes que hay en ellos, las expresiones provinciales que los unos sorprenden á los otros, la variedad de las voces, las actitudes, las manifestaciones de la cólera, de la alegría, de la tristeza!

No sé, pero en ciertos momentos, al sonido de ciertas palabras, me parece ver á algunos en su propio país: detrás, á la espalda de este creo ver la hermosa calle de Maqueda con su inmenso bazar azul: detrás de aquél, un canal oscuro entre dos filas de

palacios cubiertos de misterio: la bella colina de Valdinierole, cuajada de aldeas á espaldas de otro: un inmenso golfo de color de rosa detrás de su compatriota.

Y entonces me parece imposible que algunas veces se experimente un sentimiento de antipatía hácia el amigo que ha venido entre nosotros desde aquellos lugares, y que vive con nosotros lejos de los sitios donde pasó la infancia y enterró á sus parientes, huésped y hermano á la vez, prueba viviente de nuestra resurrección, distinto de nosotros por tantos conceptos, ligado á nosotros por tantos lazos!

Si me veo delante de cuatro ó cinco de diversas provincias, á veces hijos de italianos á quienes el estado presente de Italia parecía un sueño de poetas, reflexiono acerca de todo lo que hubiese sido preciso para que pudiesen hallarse juntos allá, sentados á aquella mesa, en la ciudad donde yo he nacido y donde ellos ganan igualmente su vida y tienen su hogar.

Recorro en un minuto cincuenta años de la historia: veo confusamente detrás de ellos, á una gran distancia, campos sembrados de cadáveres; calles oscuras de ciudades ocupadas por una multitud de gente y destrozada por la metralla, hombres con los brazos atados á la espalda, erguidos delante de pelo-

tones de soldados extranjeros, un horizonte plomizo horrible, erizado de horcas y cruces, y entonces se me ahoga el corazón en tristeza y desden al pensar que nos odiamos aún los unos á los otros, miserables ingratos.....

Pero los días serenos de venir á la razón ya han llegado gracias al cielo: y ahora cuando tratamos juntos alguna delicadísima cuestión de nuestra reciente historia, con conciencia y afecto, sin herirnos siquiera con una reticencia, al contrario, con evidente intención de disipar viejos rencores, reconociendo francamente los defectos propios y las buenas cualidades de los demás.

Y todas aquellas voces diversas, pronunciaciones distintas y modulaciones se mezclan, como las mismas voces de la provincia en un grito confuso y alegrísimo, en el cual se nota la satisfacción común de encontrarse juntos, de haber sepultado los antiguos celos y perdonado las antiguas injurias, de pertenecer á un gran país y de quererse bien..... ¡cómo sentimos ahora palpitar el corazón con alegre contento y qué auras ardientes de amor, de patria y poesía penetran en nuestra alma! ¡Volviendo á casa solos, bajo el cielo estrellado, conmovidos aun por aquella buena armonía afectuosa que reinó entre todos, nos parece que nuestro pensamiento vuela

más libremente desde Monte Pellegrino á Superga, y que deben reposar más en paz los treinta mil italianos que han muerto del plomo extranjero ó de dolores por nosotros!

